

bre.
18

PACIFICO

PR
UN

≡ MAGAZINE ≡



La mujer chilena

en la historia (1)

Por

Carlos Vicuña Mackenna



Ilmo. señor (2) señoras:

Ningún hombre que se ocupe de asuntos históricos puede recibir misión más alta ni más honrosa que la que tan inmerecidamente se me ha confiado en el día de hoy: el estudio de la mujer de mi patria en las diferentes etapas del desenvolvimiento nacional. Doy por este halagador encargo los más profundos agradecimientos a la mesa directiva del Congreso Mariano Femenino.

Señoras:

Cuando el genio iluminado y vidente de Colón recorría las Cortes de Europa en de-

manda de auxilio para el descubrimiento del mundo ignoto que vislumbraba entre las nieblas de Occidente, sólo encontró apoyo y consuelo en una mujer, que es antecesora vuestra por la estirpe y por los sentimientos, Isabel la Católica, quien, supo al desprenderse de sus joyas para costear las naves que habían de salir al puerto de Palos en busca de un nuevo continente fijó para la América el más valioso de sus elementos finiecos y dió a la mujer española una nobilísima misión de crear la poderosa raza que había de poblar las regiones desconocidas.

Cuando don Pedro de Valdivia emprendió la arriesgada empresa de conquistar para su Dios y para su Rey las tierras lejanas que se extendían hacia el sur del opulento Perú, dió a

(1) Conferencia leída por don Carlos Vicuña Mackenna en la sesión preparatoria del Congreso Mariano Femenino.

(2) El Ilmo. obispo de Dodona, presidente del Congreso.

la mujer araucana la tarea de emplear la obra.

De la fusión de ambas razas nació nuestro pueblo valiente, sufrido, sobrio y trabajador. ¡Honor, señoras, a la mujer española y a la mujer araucana, que han producido la mujer chilena.

En los tiempos de la Conquista, encontramos en nuestra Patria nobilísimos tipos de mujer, tanto en el campo de los invasores como en el de los que palmo a palmo defendían su suelo contra ellos.

Tres figuras, entre las españolas, se destacan en este período: Inés de Suárez, Diés de Aguilera y doña Mencía de los Nidos.

Fué Inés de Suárez la compañera fiel y abnegada que sobre la grupa de su corcel de guerra trajera don Pedro de Valdivia cuando vino a la conquista de un pueblo inconquistable; fué también la mujer que convenía a un hombre de su temple, de su siglo y de sus empresas; porque, si tenía todas las ternuras femeninas, poseía también un alma capaz de los más grandes y los más altos heroísmos.

Corrían, señoras, los primeros años de la vida nacional. El cronista Mariño de Lobera cuenta, en pintoresco y sobrio lenguaje, el horrible asalto dado por los indios a la recién fundada ciudad de Santiago en la noche triste del 11 de Septiembre de 1541.

Pedro de Valdivia había salido en expedición contra la tierra; su fiel compañera quedaba en la desguarnecida ciudad y, cuando los bárbaros se presentaron ante Santiago, en número de ocho mil, según las relaciones de la época, Inés fué el alma de la defensa, el amparo de los heridos a quienes cuidaba personalmente, y el consuelo de los que caían para no levantarse más, bajo otro cielo que el de su patria y en tierra tan distante de la tierra española.

Y en los momentos en que estaba ya perdida la batalla, en que la suerte de la Colonia parecía irremediamente desgraciada, Inés de Suárez recurrió a un último y supremo arbitrio, arbitrio feroz si se quiere, pero que, según los contemporáneos, obligó a los bárbaros a retirarse: dió la orden de degollar a los siete caciques que estaban prisioneros y sus propias blancas manos de española cooperaron a la sangrienta tarea.

Otra heroína encontramos en Inés de Aguilera, mujer que fué de Pedro Fernández de Córdoba.

El año 1598 se produjo el levantamiento general de los indios en proporciones que hacían peligrar la existencia misma de la aun no bien consolidada colonia. El Gobernador García de Loyola había partido en socorro de Angol, dejando la nueva ciudad de Imperial casi inerme, a cargo del Capitán Andrés

Valiente y de sesenta españoles. Los indios se dieron cuenta de tamaña imprudencia y embistieron contra ella en incontables horas.

Y así como Santiago se había salvado en 1541 merced al arrojado de una mujer, así también una mujer supo defender a la Imperial medio siglo más tarde.

Cuando todo era confusión, cuando la plaza sitiada parecía hallarse en el último extremo, Inés de Aguilera consiguió levantar los ánimos y despertar los sentimientos de resistencia y heroísmo necesarios para no sucumbir.

Mientras llovían las flechas sobre la plaza, cuya escasa guarnición comenzaba a diezmarse, Inés de Aguilera tomó un Cristo que había en la Capilla del fuerte y una espada y rodela, un talego de pólvora y muchas balas, y se metió entre los soldados que estaban peleando para enardecerlos y exhortarlos. Fué tal su influjo, tal el efecto de su alto ejemplo, que la defensa de la plaza volvió a entonarse.

Cubierta con una adarga, animaba personalmente a los soldados, y cuando un capitán español, prisionero de los indios, fué enviado por éstos para estimarle rendición, contestó Inés de Aguilera que no lo haría, aunque todos los demás quisieran obligarla a ello.

Así se mantenía la Imperial, mientras esperaba los refuerzos pedidos, y cuando las pérdidas de vidas fueron tantas, que ya casi no quedaban soldados, la propia Inés de Aguilera y sus hijas montaban la guardia durante las noches para evitar sorpresas del enemigo.

Entre tanto, todos sus parientes iban cayendo: su primo Alonso de Aguilera había muerto con catorce de sus soldados e Inés tuvo tan sólo el triste consuelo de recibir su cabeza, enviada por los indios, como sangriento regalo. Tres de los hijos de Inés de Aguilera, tres hermanos, un cuñado, tres nietos y otros deudos habían perecido también en la demanda.

Y sin embargo, el carácter indomable de aquella heroica mujer no se doblegaba ni se rendía ante el infortunio.

“Y habiendo metido socorro de la ciudad de Concepción en el dicho fuerte, dice una información de servicios,—salíó dél con las dichas sus hijas tan necesitadas que sólo sacaron los vestidos que traían, por haber perdido cuanto tenían y gastándolo con los soldados, sin haberles quedado deudo ni pariente que la pudiese amparar.”

Heroica también es la tercera de las figuras femeninas notables en el período de la Conquista.

Después de la derrota de la cuesta de Villagra, y en los momentos en que se desplegaba Concepción, doña Mencía de los Nidos quiso impedir el desbande de los españoles, y, en palabras llenas de ardimiento, que han

sido inmortalizadas por Ercilla, los exhortó a la valentía y al sacrificio.

Volved, no vais así, de esa manera; ni del temor os déis por tan amigos, que yo me ofrezco aquí que la primera me arrojaré en los fierros enemigos, haré yo esta palabra verdadera y vosotros seréis de ello testigos, volved, volved (gritaba); pero en vano, que a nadie pareció el consejo sano.

(Araucana, Canto VII).

Nos queda, señoras, en aquellos tiempos de la lanza y de la adarga, otra figura extraña que más parece arrancada de las páginas de la leyenda que de un libro de historia: La monja alférez.

Con este peregrino nombre fué conocida Catalina de Arauso, monja primero, sirvienta doméstica más tarde en traje masculino, soldado después, alférez y capitán, posteriormente, y, por último, caballero del hábito de Santiago.

Catalina de Arauso guerreó también en Arauco y le cupo la triste sino de matar de matar en desafío a un hermano suyo que por aquel entonces se encontraba en Chile.

Y con esto cerramos, señoras, el cielo femenino de las mujeres españolas de la Conquista, para entrar a estudiar en rápida reseña las araucanas, que constituyen el otro elemento fundamental de nuestra raza.

No podemos decir que las figuras araucanas se ajusten a la estricta verdad histórica, puesto que las conocemos tan sólo a través de la imaginación de un poeta. Pero ese poeta, cuyo respeto por la exactitud de los hechos está hoy día demostrado, no debió apartarse mucho de los modelos que tuvo a la vista al pintar en hermosos versos las heroicas mujeres de Arauco.

¿Qué podremos decir de Fresia, de su patriotismo y del desdén con que mira a su esposo, que no ha sabido morir antes de caer prisionero.

Dejemos la palabra a Ercilla:

¡Ay de mí! Cómo andaba yo engañada con mi altiveza y pensamiento ufano, viendo que en todo el mundo era llamada Fresia, mujer del gran Caupolicán, y ahora miserable y desdichada, todo en un punto me ha salido vano, viéndote prisionero en un desierto. Pudiendo haber honradamente muerto.

Toma, toma t'uhijo, que era el nudo con que el licito amor me había ligado; que sensible dolor y golpe agudo estos fértiles pechos han secado.

Cría, críale tú, que ese membrudo cuerpo, en sexo de hembra se ha trocado: que yo no quiero título de madre del hijo infame de un infame padre.

(Araucana, Canto XXXIII).

Al lado de la silueta dura y casi feroz de Fresia, aparece la dulce y cariñosa Guacol-

da, tipo perfecto del amor coyungal y del espíritu del sacrificio por su marido.

Previendo la suerte que está deparada a Lautaro, llora, se desconsuela, y acaba por decirle:

Aunque el golpe que espero es insufrible podrá con otro luego remediarme, que no caerá tu cuerpo en tierra frío cuando estará en el suelo muerto el mío.

(Araucana, Canto XIII).

La conmovedora historia de Tegualda, el tierno relato de la vida de Glaura y otros innumerables episodios de **La Araucana**, dan buena muestra, aun descontando lo que pueda pertenecer a la fantasía del poeta, de que la mujer indígena formaba un elemento racial que no desdecía en nobleza del que nos había venido de Europa.

Asegurado hasta cierto punto el predominio español, comienzan los largos y monótonos años de la Colonia. Durante ellos, la mujer chilena parece que durmiera, porque la historia no conserva sino escasos rasgos de su actividad; pero ese sueño era sueño fecundo, porque en él se formaba lentamente la nueva nacionalidad. Así como como los infusorios trabajan en silencio para levantar del fondo de los mares futuros continentes, así también la mujer de la Colonia elaboraba sin ruid o, dedicada toda a su familia, el pueblo que en los albores del siglo XIX había de incorporarse en el concierto de los países civilizados.

La mayor actividad de la mujer en esta época le halla dentro del hogar o dentro del claustro, pero así y todo, no deja de manifestarse también en otras esferas.

Sor Ursula Suárez, monja de la Victoria, escribió una curiosa "Relación de las singulares misericordias que el Señor ha usado con una religiosa, indigna esposa suya". Juana López, hermana del famoso y regocijado improvisador el Padre Francisco López, compuso varios romances místicos, entre los cuales quizás tenga mérito mayor su "Acto de Contrición"; Sor Tadea García de la Huerta, monja Carmelita, supo contar en agradables y pintorescos versos la famosa avenida del río Mapocho, que destruyó su Convento.

Y ya que hablamos de religiosas, me viene a la memoria la triste odisea de las monjas Clarisas de Osorno que sufrieron todas las miserias en la detención de las cinco ciudades, acasada en 1603, y que sólo un año más tarde vinieron a llegar a Santiago, después de un penosísimo viaje, trayendo como únicos bienes la famosa efigie de Cristo que las había guiado entre los bárbaros y una

de desgracias, esa moderna encarnación de imagen de la Virgen que, por escarnio, habían azotado los indios.

Otra figura femenina se destaca también en la Colonia por un solo acto, es cierto, pero acto revelador de todo un temperamento: doña Margarita Briones, en pleno siglo XVII, deja una parte de sus bienes para la fundación de una clase de gramática.

Al llegar a este punto de mi conferencia, tengo que detenerme un instante, señoras, para pedirles de antemano perdón. Yo habría deseado no decir sino alabanzas de la mujer chilena; pero la verdad histórica me obliga a estudiar un personaje femenino que, por sus caracteres verdaderamente diabólicos hace poner más de relieve las nobles cualidades de las demás figuras que rápidamente vienen desfilando en este ligero esbozo.

Me refiero a la monstruosa doña Catalina de los Ríos, más conocida con el nombre de **La Quintrala**.

Imposible es casi encontrar en la historia una figura más repulsiva y más profundamente malvada. Cuarenta asesinatos, empezando por el de su padre, le fueron atribuidos por sus contemporáneos; su livandancia revistió las formas estupendas, sus crueldades no reconocieron límites ni vallas; la tradición asegura que el "Señor de Mayo" que se venera en San Agustín, conserva entonces y por ella esa expresión airada que hoy todavía le vemos.

Viviendo durante cuarenta años en medio de un charco de horribles delitos—dice un escritor—murió doña Catalina el 15 de Enero el 1565, sin que valieran a su indulgencia las veinte mil misas que dejó ordenado se dijeran en favor de su alma réproba, porque en el fallo sin apelación del pueblo y de las generaciones, **La Quintrala** vive todavía y vivirá eternamente, suspendida de un caballo a las puertas del infierno.

Siento, señores, haber cerrado con este cuadro de horror la historia de la mujer chilena durante la Colonia. Pasemos al período de la Independencia, en donde encontraremos virtudes más que suficientes para borrar hasta el recuerdo de doña Catalina de los Ríos de Lisperguer.

En los albores de la época que habíamos de darnos libertad e incorporarnos al concierto de las naciones, se destaca con luz propia una mujer: doña Luisa Recabarren, esposa de don José Gaspar Marín.

Huérfana desde muy niña, doña Luisa había recibido al lado de su tío, el Deán de la Catedral, don Estanislao Recabarren, la más esmerada educación y una instrucción poco común.

Cuando comenzaron a manifestarse las nuevas ideas de independencia, el salón de

don Luis Recabarren fué el punto de cita de los principales patriotas. Vera, Camilo Henríquez, Argomedo y Mackenna eran sus habituales contertulios y puede decirse que en ese ambiente se fraguó la magna empresa de sacudir el yugo español.

Perseguida durante la terrible época de la Reconquista, no abandonó por eso sus ideas y siguió favoreciendo la causa de la libertad hasta que cayó en manos de San Bruno, de ominoso recuerdo, para ser más tarde libertada al entrar triunfante a Santiago el Ejército de los Andes.

El desastre de Rancagua marca su momento histórico de una admirable mujer: doña Rosario Rosales, hija de don Juan Enrique, que había sido miembro de la primera Junta de Gobierno.

Preso su padre y condenado a partir al destierro, en Juan Fernández, doña Rosario agotó todos los medios para poder acompañar al venerable anciano en su desgracia, llegando hasta echarse, bañada en lágrimas a los pies del inflexible Osorio.

Vanos fueron, sin embargo, sus intentos y tuvo que resignarse a seguir desde lejos el convoy que llevaba a Valparaíso a los tristes prisioneros.

Una vez en el puerto, doña Rosario siguió gestionando ante el Gobernador de la Plaza, para conseguir su ardiente deseo; y esta vez, con el auxilio del Comandante de un buque británico que se hallaba en la bahía, obtuvo su fin después de una extraña escena, en que el Gobernador, tras de haberle negado oficialmente el permiso, le arrojó una tira de papel, en la cual le daba el consejo de embarcarse secretamente, en la certidumbre de que no sería molestada.

¡Las lágrimas de la piedad filial habían podido más que que el terco militarismo!

Una vez en Juan Fernández, doña Rosario se convirtió en el Ángel de la Consolación, no sólo para su padre, sino para todos los desgraciados que allí expiaban el delito de haber querido tener Patria.

Como los alimentos fueran muy escasos, ella labraba la tierra para aumentar la ración del venerable anciano: como las ropas fueran concluyéndose, ella se despojó de las suyas propias para cubrir los ateridos miembros de su padre. Y cuando éste, amargaba el alma por tanto infortunio, quiso hacerla volver a Chile, doña Rosario le contestó estas palabras, que merecen ser esculpidas con letras de oro en la historia de la mujer chilena: "La suerte de Ud. debe ser la mía. Permítame que siga acompañándole; no puedo separarme de Ud.; el pensamiento sólo de abandonarle me es menos soportable que la muerte".

Y cuando, después de la victoria de Chacabuco se despachó el primer barco de la Armada Nacional en busca de los ilustres desterrados, vino a su bordo, junto con los patriotas que habían soportado casi tres años

la Antígona de la tragedia griega, ejemplo luminoso de amor filial.

Doña Javiera de Carrera, hermana de los Padres de la Patria, que se llamaron don José Miguel, don Luis y don Juan José Carrera, perteneció a una familia de ilustre origen, pero que desde el primer momento abrazó la causa de la nueva nacionalidad.

Llevo en mis venas, señoras, sangre que fué derramada en suelo extraño por uno de los Carrera; mas no por eso dejo de hacer justicia a estos ilustres servidores de la Patria, ni muchísimo menos puedo desconocer los méritos de la que fué su constante inspiradora, en la buena y en la mala fortuna, en sus grandes y nobles actos y hasta en los extravíos con que a veces los oscurecieron.

Fuó doña Javiera de Carrera un espíritu eminentemente varonil y quien sabe si, restados sus consejos y sus influjos, la independencia nacional hubiera tardado más en producirse.

Durante el dominio de los Carrera, su hermana, puede decirse, era el árbitro supremo de la Nación. Llena de sentimiento patrio, ambiciosa para sí y para los suyos, su imperioso espíritu guiaba la acción de los tres hermanos en las horas trágicas de la Patria Vieja.

Y cuando vino el desastre, cuando los tercios patriotas se vieron obligados a trasladar los Andes en demanda de un suelo que no estuviese oprimido, doña Javiera pasó también las montañas y fué a mendigar bajo otro cielo un asilo para su desgracia.

Durante la emigración, que para sus hermanos había de ser definitiva, doña Javiera pasó miserias sin cuento, hasta llegar a decir en unas de sus cartas: "Muchos días no comemos sino lágrimas".

Su espíritu varonil no se abatía, sin embargo, ni pensaba en otra cosa que en la restauración de la patria y la de sus hermanos en el poder.

Quedábale todavía, no obstante, el cáliz más amargo que beber. En Abril de 1818 don Juan José y don Luis Carrera caían sobre el patíbulo en la plaza de Mendoza. En 1821, después de tres años de inútiles afanes por vengar la suerte desgraciada de los suyos, don José Miguel Carrera sucumbía a su fatal destino y fusilado en el mismo sitio en que lo habían sido sus dos hermanos.

Doña Javiera volvió a Chile poco más tarde, quebrantada pero no abatida, y permaneció en el retiro hasta que los acontecimientos políticos hicieron posible la repatriación de los restos de los Carrera, que efectuada bajo el Gobierno del General Pinto, tuvo los caracteres de una apoteosis.

Cumplido el deber fraterno, doña Javiera desaparece de la vida pública y va extinguiéndose lentamente en su hacienda de San Miguel, rodeada del respeto y de la veneración de todos sus conciudadanos.

Ya que hemos tributado homenaje de justicia a una mujer que pertenecía a uno de los grandes bandos en que se dividió la opinión pública durante el período de la Patria Vieja. Tributémole a dos figuras femeninas del partido contrario: doña Isabel Riquelme, madre de don Bernardo O'Higgins, el primer soldado de Chile y doña Rosa Rodríguez, hermana materna de éste.

Ambas lo siguieron a través de mil penurias, en la emigración de 1814; ambas lo acompañaron mientras se entregaba a la a la difícil tarea de formar un ejército al otro lado de los Andes con los restos dispersos de los vencidos de Rancagua; ambas compartieron su días de gloria y de esplendor, cuando de nuevo lució el sol para Chile después de Chacabuco y de Maipo; ambas lo siguieron al destierro, cuando los vaivenes del sentimiento popular obligaron a O'Higgins el mando y retirarse al Perú; ambas camuaron tras del proscripción en su inútil tentativa de desvenarse la espada por la libertad de América en la campaña que había de terminar con la victoria de Ayacucho.

Y cuando doña Isabel Riquelme se rindió al peso de los años y del infortunio, doña Rosa Rosa Rosa Rodríguez no vació tampoco en compartir la miseria de los últimos días del ilustre desterrado y cerró piadosa mas tarde los ojos del vencido de Rancagua, del vencedor de Racabuco y de Maipo, del que supo vencer su propia ambición cuando comprendió que ella no era compatible con el bienestar de la Patria.

No hemos terminado todavía, señoras, la enumeración de las grandes patriotas de la Independencia: nos quedan aun doña Pabla Jaraquemada, doña Aguila Monasterio y doña María Cornelio Olivares, cada una de las cuales, en su esfera de acción, dió muestra cierta del valor de la mujer chilena.

Es doña Pabla Jaraquemada ilustre por su cuna y por su posición social, lo fué aun más por su espíritu de sacrificio y por su heroísmo.

Corría el año 1818 y el Ejército de los Andes se hallaba en vísperas de dar la gran batalla que había de poner término a la dominación española en Chile. Esa victoria iba a ser, sin embargo, precedida de una derrota: el desastre de Cancha Rayada. Cuando doña Paula tuvo noticias de la calamidad ocurrida al ejército patriota, en vez de amedrentarse y de preparar, como tantas mujeres, y aun como tantos hombres, su salvación por la vía de Mendoza, reunió a todos los inquilinos de sus fundos, les dió armas y pertrechos y quedó ansiosa esperando a la cabeza de estas fuerzas el paso de San Martín, que rápidamente se dirigía Santiago. A la llegada del jefe argentino doña Paula lo recibió presentándose, como augurio de victoria, los hombres, los fusiles y las provisio-

nes que había juntado para la causa de la Patria.

Poco tiempo antes había tenido doña Paula la ocasión de dar otra muestra de la entereza de su carácter y de su valiente espíritu. Urgida por un oficial de una columna española para entregarle ciertas especies ofreció la señora Jara su pecho a las bayonetas enemigas antes de abdicar sus derechos de ama de su casa y de patriota. Y cuando el jefe ñalando el tradicional bracerito que ardía en enemigo la amenazó con incendiar su casa, la heroica mujer respondió simplemente, se el centro de su cuadra.

"Allí está lo necesario para pegarle fuego."

No sólo fué heroína de la Patria doña Paula Jaraquemada; lo fué también de la caridad, buscando para ejercerla a los más miserables y a los más desvalidos; a los que purgan en las prisiones su deuda para con la justicia humana.

El Gobierno de la República supo reconocer sus merecimientos y hasta la época de su muerte podía leerse en los sitios de detención un decreto supremo que abría a doña Paula sin excepción alguna, las puertas de todos los calabozos, aun las de los reos incomunicados.

Entre mis más preciosas reliquias guardo, señoras, una vieja cajuela que perteneció a esta ilustre matrona y que es para mí constante recuerdo de su espíritu privilegiado.

Aguila Monasterio presenta otro tipo de mujer heroica. Patriota desde los primeros albores de la Independencia, su casa fué el refugio y el asilo de los que durante el período de la Reconquista venían desde el otro lado de los Andes a informarse sobre el estado de Chile y sobre las posibilidades de levantar una nueva patria sobre las ruinas de la Patria Vieja.

Pronto se supo esto en los círculos de gobierno una comunicación de la señora Monasterio dirigida a San Martín. Cayó en manos de San Bruno y doña Ana fué reducida a prisión.

Las amenazas fueron inútiles: los ruegos fueron inútiles: los ruegos, vanos. Nadie era capaz de arrancar del pecho de aquella mujer heroica el secreto de los que se había.

Era necesario hacer un escarmiento y el afeminado Marcó del Pont no temió en poner su firma a una sentencia que condenaba a la señora Monasterio a perecer en la horca, debiendo precenciar antes cómo se cortaba la mano derecha de su hija, doña Juana Latapiat, por haber sido cómplice de su madre.

La batalla de Chacabuco impidió la realización de tan inhumano proyecto; pero no por eso el golpe dirigido contra Aguila Monasterio iba a perderse. Poco después su noble espíritu se desprendía de su cuerpo, mianado por el sufrimiento y las penurias.

María Cornelia Olivares es el hombre de otra patriota ilustre, si no por su cuna, por la firmeza de su carácter y por los servicios prestados a la causa de la libertad. A ella sacrificó su más preciada joya, y cuando los primeros clarines de la victoria resonaron sobre los Andes, Cornelia no vaciló en manifestar sus sentimientos ni en agitar la opinión de su ciudad natal, la muy realista Chillán.

Una bárbara venganza fué el resultado de tamaña entereza.

Aprisionada por los españoles, se le rapó el cabello y las cejas y se la espuso durante todo un día a la vergüenza pública.

Esa humillación y esa vergüenza fueron compensada: más tarde por O'Higgins, quien, por decreto de Diciembre de 1818 la declaró en atención a sus nobles virtudes cívicas, una de las ciudadanas más sobresalientes del Estado.

Antes de terminar el ciclo heroico, permitidme, señoras, traed a vuestra mente el recuerdo de dos humildes mujeres, que sirvieron a su Patria con abnegación sin límites, que pusieron todo cuanto ellas eran y lo poco que ellas creían valer al servicio de la causa nacional. Son dos cantineras de ejército, que pertenecientes a diferentes épocas tuvieron, sin embo, su actuación sobre un mismo teatro, el Perú, en la campaña de 1838, la una y en la guerra del Pacífico la otra.

Candelaria Contreras, más conocida con el nombre de la Sargento Candelaria, fué una de aquellas mujeres de aquellas mujeres de extraña y peregrina vida, que, como la monja alférez parece haber nacido por error dentro de una envoltura femenina.

Humilde hija del pueblo, primero, sirvienta doméstica más tarde, en Chile y en el Perú, se encontraba en este último país cuando llegó la expedición de 1837. Tenía un pobre negocio de comestibles, pero este tráfico fué el que más le sirvió para sorprender los secretos del enemigo y comunicarlos a la escuadra chilena.

En venganza fueron confiscados primero y saqueados después sus escasos haberes, y entonces Candelaria se incorporó al ejército regular, hizo gala de audacia en los combates y fué la cariñosa compañera de sus camaradas.

El General Bulnes y la Sargento Candelaria fueron—dice un escritor—las figuras más populares de la campaña de 1838.

Su hermana en armas Irene Morales, perteneció, como ya lo hemos dicho, a una época muy diferente, y sus servicios fueron prestados en la última guerra exterior. No desdijo su obra de la de su antecesora, y hoy un modesto monumento recuerda en el Cementerio de Santiago su abnegación y su patriotismo.

Vamos ahora, señoras, a considerar otro aspecto de la mujer chilena. Nos dan ma-

teria para ello doña Mercedes Marín de Solar, doña Quiteria Varas y doña Rosario Orrego de Uribe, literatas las tres y escritoras muy dignas de ser tomadas en cuenta por la historia.

Doña Mercedes Marín, hija de la ilustre patriota doña Luisa Recabarren, de quien ya hemos hablado, tuvo desde la infancia afición a las bellas letras y a cultivar el germen de su vocación poética, que habría de convertirla más tarde en una de las ilustres musas del parnaso nacional.

Su "Canto a la muerte de Portales", su "Canto a la Patria", su alegría a la muerte del Arzobispo Vicuña", su "Plegaria al pie de la Cruz" la colocan muy en alto, como estro y como inspiración. Su biografía de don Gaspar Mario, publicada en la **Galería de Hombres Cébres**, hace ver sus dotes de investigación y resaltar su amor filial.

Digna sobrina de tan ilustre tía fué doña Quiteria Varas y Marín, poetisa también y autora de composiciones en las cuales se revelan peregrinas dotes de originalidad. **El día de difuntos, La Crimena, La hermana de Caridad, A una violeta, En la muerte de don Lorenzo Sazie**, son piezas de verdadero mérito entre las muy pocas que hasta su época había producido la musa femenina chilena.

Poeta y novelista fué también doña Rosario Orrego de Uribe. En el primer carácter tiene a su haber **Plegaria, Esconde tu dolor, Así quiero morir, La madre**, y otras notables piezas dedicadas una de ellas a Mármol y la otra a don Andrés Bello. Como novelista conocemos de ella **Alberto el jugador**.

Llegamos, señoras, casi al término de esta ya demasiado larga conferencia; yo he querido guardar, para dar remate a este trabajo, tres armas escogidas, tres mujeres que se distinguieron principal y casi únicamente por la más grande y la más alta de las virtudes femeninas: la caridad.

Esas ilustres damas fueron doña Antonia Salas de Errázuriz, doña Josefa Alduna de O'Higgins y doña Victoria Prieto de Larraín.

Doña Antonia Salas, hija del ilustre republicano don Manuel y mujer de don Isidoro Errázuriz, manifestó desde sus primeros años grandes condiciones; pero puede decirse que sólo ya mujer formada vino a desarrollar en su plenitud aquella cualidad que había de distinguirla especialísimamente y que trae hoy su recuerdo a esta asamblea.

Desterrados su padre y su esposo a Juan Fernández, en los terribles días del año 1814, supo doña Antonia no sólo consolar a los ausentes y aliviar su triste suerte, sino que también ponerse en comunicación con ellos y transmitirles secretamente, por los medios más ingeniosos, las noticias que interesaban a la Patria.

Acentada ya independencia nacional, se descargó sobre el país un horrible flagelo, una peste de viruelas desoladora que hacía es-

pantosos estragos. En esta ocasión pudo doña Antonia manifestar por vez primera, cuan grande y cuan ardiente era la llama de caridad que componía sus privilegiados espíritus.

No se contenta con socorrer a los pobres apesados sin temer al contagio, fué más lejos todavía y hallando cinco de ellos en una choza abandonada, los recogió, los llevó a su propia casa, los instaló en los lechos de su misma familia, y consiguió, mediante sus afanes, arrancar a la muerte esos desgraciados.

Cuando el hogar de doña Antonia, formado ya, necesitó menos de sus constantes desvelos; cuando su esposo había subido a un mundo mejor, la caridad de doña Antonia pareció desbordarse y no reconocer límites ni vallas.

En la guerra civil de 1829 se vió a la señora Salas a la cabeza del hospital militar, atendiendo personalmente a los heridos.

Años más tardes, trajo a esas benéficas mujeres que bajo el dulce nombre de Hermanas de la Caridad, alivian la miseria de la humanidad doliente, que, bajo el nombre de Monjas del Buen Pastor cuidan y redimen a la mujer culpable, que bajo el nombre de Hermanas de la Providencia, velan por los huérfanos y por los niños que sus madres, según la carne, han abandonado.

Y cuando la fortuna personal de la señora Salas se hubo agotado en tales empresas, la ilustre patricia no vaciló en tender su noble mano para implorar la caridad, llevando su espíritu de sacrificio hasta el último límite que puede transpasar una mujer bien nacida: aceptó el cáliz de seguir pidiendo para los pobres aun después que la villana lengua de la calumnia había echado a correr que lo hacía para sí propia.

El **Angel de la Caridad** es el nombre con que la historia conocerá a la señora Salas de Errázuriz, nombre que sintetiza admirablemente su vida y sus obras.

Dignas hermanas cuyas fueron doña Josefa Aldunate de O'Higgins y doña Victoria Prieto de Larraín. Fué la primera fundadora de escuelas para niños pobres, una de las cuales lleva su nombre, y la otra del Arzobispo Vicuña, su confesor. Fué la segunda inagotable en su caridad personal, teniendo el nobilísimo don de saber dar sin humillar al que recibe. De muy elevada posición social, de gran fortuna, prefirió a los efímeros placeres del boato la gran tarea de servir personalmente a los pobres y a los desgraciados.

Señoras: He hecho desfilas ante vosotras las figuras femeninas más descollantes de la historia de Chile; pero no cráis que se hallan todas en esta ráda enumeración. Falta

muchas, muchísimas, que han dejado huella luminosa, pero que no he querido nombrar por no abusar de vuestra paciencia en escucharme; faltan también las incontables heroínas anónimas del deber y del sacrificio.

Pongo fin, pues, a esta disertación; pero, antes de terminar, me vais a permitir la expresión de un sentimiento, que es, de mi parte un reproche para vosotras.

Me habéis fijado un tema, "La mujer chilena ante la Historia" y el templo de la Historia, señoras, cierra sus puertas de bronce sólo sobre los hechos del pasado.

Me habéis impedido ocuparme de la mu-

jer chilena del presente, de sus nobles actividades, que abarcan hoy día todas las ramas del movimiento social; de su cultura, que cada día va tomando mayor vuelo; de sus obras de caridad, de su defensa de los desvalidos de la fortuna.

Envidió, señoras, al hombre que dentro de cincuenta años sea llamado a desarrollar el mismo tema que hoy tan indignamente he tratado yo; y lo envidio porque él tendrá, además de las nobilísimas figuras que han surgido en este trabajo las del momento actual, que considero la época de más fecundo resurgimiento para la mujer chilena.

